

RECUERDOS PERSONALES DE SOROLLA

Voy a referir algunas anécdotas de la vida de Sorolla que conozco por mi relación admirativa con él y pueden ser en este acto, en el que se pronuncian palabras tan eruditas sobre el gran artista, la nota íntima y sin pretensiones oratorias que presente aspectos poco conocidos de «Chimo» Sorolla. Porque así se le llamaba cuando como artista ilustre no era todavía conocido. También se le decía «Sorolleta», por su más bien pequeña estatura. Ingresó en las clases de la Escuela de Bellas Artes, que entonces formaban parte de esta Real Academia, seguramente aconsejado por don Antonio García, el fotógrafo, que en Valencia era una personalidad social y artística, y fue el primer mecenas del gran Sorolla. Por aquella época, en sus estudios artísticos alternaba con Leopoldo Hernández Robledo, de su misma edad, que hacía a la vez su bachillerato, pues quería ser ingeniero agrónomo. Era este Hernández Robledo de buena posición económica y, al simpatizar e ir junto, fuera de las clases también, con Sorolla, que en la Academia se distinguía siempre por sus condiciones naturales para ser un buen artista y manifestaba su obsesión por la pintura, siendo los colores su mayor atractivo y quedándose extasiado mirando la paleta al acabar de pintar, le dice, viendo saltársele las lágrimas a Sorolla porque no tenía dinero para comprar colores, que le ayudaría para adquirir lo necesario: «Ves —le decía Leopoldo— a casa Faustino Nicolás, en la calle Zaragoza, y, a mi cuenta, pide lo que necesites.»

Por entonces estas situaciones económicas le hacían economizar colores y necesitaba vender obras; pintó tablitas de tamaño postal por cinco pesetas que firma «Chimo», pero omitiendo la C delante de la H, y Leopoldo se lo advierte. Sorolla se quedó algo asombrado y dice: «Bueno, lo dejaremos así que está *més graciós*.»

De la protección de García renunció a hablar por sabido. Cuentan que el bodegón maravilloso de uvas que está en el Museo de San Pío V le hizo a él pensar que este joven iba a ser un artista fenomenal; le protegió y hasta accedió que se casara con su hija María Clotilde.

En 1884 Sorolla ya es un artista destacado, y empieza a conocerse ya. El periódico madrileño *Los Lunes de El Imparcial* le publica un dibujo precioso que expresa el dolor de España, y, ¡claro!, el de él también, por la pérdida de Cuba y Filipinas; estamos en enero, y en julio del mismo año publica *El Correo de Valencia*, en primera plana y a todo color, las fiestas y Feria de Julio, ilustrando las crónicas casi

todos los artistas valencianos... menos él, detalle de sensibilidad patriótica.

Toma parte en unas oposiciones de pensionados a Roma, pero no las consigue; se la conceden a Fenollera, hijo de una librería que aún existe en la calle del Mar y al que conocí personalmente en Santiago cuando yo fui allí profesor. Sigue luchando Sorolla para al final triunfar y conseguir la pensión de la Diputación. Tiene el estudio en la calle de la Corona, en un porche que aún creo que existe, y allí pintó muchos cuadros, entre ellos *El crit del Palletor*, en cuyo cuadro, en primer término, hay un labrador con la mano extendida gritando, para el cual le sirvió de modelo Leopoldo Hernández Robledo, a quien he conocido yo personalmente aquí en Valencia; había llegado a ser ya ingeniero agrónomo y pintaba muy bien bodegones y paisajes, en los cuales tenía tal realismo que se podría apreciar qué clase de planta o árbol había pintado, cosa natural por su carrera.

Maestro ya excepcional, Sorolla se establece en Madrid, en un pasaje que creo que se llamaba de la Alhambra. Allí forma, con sus enseñanzas, un grupo de grandes artistas que yo he conocido: Benedito, Chicharro, Bermejo, Zaragoza, Pepinno Benlliure, Tuset, Palacios y otros que no recuerdo en este momento. A éstos les transmite sus enseñanzas, entre las que está «que sean sinceros, que no sigan a nadie y que cultiven su personalidad», y al que no le obedece le margina y se desentiende de él. Este carácter seco, del cual tiene fama, contrasta con el cariñoso y amable que tiene con los que aprecia y estima, llegando a tratarlos como de su familia; así a Capuz, a Tuset, a Teodoro Andreu y a mí mismo.

Retrocediendo un poco atrás, no quiero dejar de mencionar que una de sus primeras obras de juventud es la que pintó, con tres compañeros más, en el techo de la citada casa de Faustino Nicolás, de papelería y material artístico. Otra cosa muy suya, prueba de su rectitud, era que hacía una distinción muy grande entre la personalidad artística y la humana. El, aunque fuese un enemigo personal, no dejaba de reconocer sus méritos.

Fue a ver una Exposición Nacional en Madrid y le recibe el jurado con la cortesía que merecía; están «colgándola»; era una época que aún se exponían los cuadros en varias filas: los más flojos, arriba, y los mejores, abajo. El iba viéndolos y dando su parecer sobre ellos, cuando ve uno muy alto que le gusta. Hace que lo bajen, lo alaba mucho y le dicen: «Pues ése es de Ramón Stolz, un paisano de usted.» «Pues se me-

rece una segunda medalla.» Y se la dieron, a pesar de ser muy poco amigo de él.

Entre los artistas más exaltados de Valencia había un grupo muy extremista que salió del Círculo de Bellas Artes y fundó Arte y Letras; otro círculo semejante radicaba en un caserón viejo sito en las calles del Museo y Padre Huérfanos. Aquel grupo fomentaba clases gratuitas para los escolares, hacía cabalgatas, una de ellas preciosa: recuerdo que presentaba la Revolución francesa, que desfiló por toda Valencia con sus banderas, con gran éxito. El otro grupo, conservador, representó las Navidades, con pavos y belén. Para esta sociedad modeló una estatua de tamaño natural, en yeso, el escultor Causarás. Esta estatua representaba a Sorolla de pie con el pincel en la mano derecha y la paleta en la izquierda. Estaba a la puerta de la Sociedad, en el primer rellano de la escalera gótica, y cuando entraban los socios, tan exaltados, la tocaban con la mano y se santiguaban para que el espíritu de Sorolla influyera en sus obras. Así pasó bastante tiempo entre los actos pedagógicos que se celebraban allí, y casi todas las cenas eran de «entre pan», con una ensalada colectiva que nunca se terminaba, pues continuamente se renovaban sus ingredientes, de lo cual me encargaban a mí, puesto que yo era uno de los aprendices.

Así transcurrió el tiempo hasta que se indisputaron con Sorolla, porque creían que no les apoyaba en la consecución de medallas; yo presencié la siguiente escena: Estábamos en Madrid todos los valencianos artistas que habíamos ido con nuestras obras a la Exposición Nacional en busca de recompensas. Nos reuníamos en el Círculo de Bellas Artes, y acordaron los mayores ir a visitar a Sorolla, ya establecido en su casa-palacio del paseo Martínez Campos. Así se hizo al día siguiente. El grupo lo formábamos unos cuarenta, aproximadamente. Estábamos en el jardín. Salió Sorolla a recibirnos y empezó a hablar Fillol, como cabeza visible en todas las reuniones, quien, con su fácil palabra, le hizo un discurso que terminó pidiéndole protección, diciendo: «... *perquè els negres tenen influència i se'n duen totes les medalles, i els sevillans, i els castellans, i també els catalans...*», y calló. La palabra que contestó Sorolla no la quiero repetir.

Efectivamente, terminó la Exposición de Madrid —que fue para nosotros un fracaso—; regresamos a Valencia y se reanudaron las actividades en la Sociedad.

Sorolla viene a Valencia lleno de gloria; en el Círculo de Bellas Artes alterna con todos, jóvenes y viejos. Se le dan comidas típicas valencianas en casa Conole, tienda que se hallaba a medio kilómetro de la estación de Benimaclet. Aquellas paellas eran famosas porque se repetían con gran frecuencia. El pintor Benavente las titulaba «banquetes sin motivo justificado», en los que, a veces, un bromista, alias *Patilla*, ponía un mortero de hierro en medio de las mesas, que encendía por medio de un *estopí*, y antes

de estallar salíamos huyendo todos..., mas no pasaba nada, pues no tenía carga. Quiere Sorolla que su tierra se supere, que pongan flores en los balcones, en los jardines y que se haga un palacio de Bellas Artes muy grande, que tenga una rotonda para conciertos y conferencias y que la corone una cúpula dorada de cerámica con reflejo metálico, como la que tiene Santo Domingo, y con un grupo de artistas jóvenes recorreremos las redacciones de Valencia para que lo propaguen, pero no lo consiguen, y empiezan a hacerle el vacío; expone un cuadro en el salón del Círculo y los pintores contemporáneos de él lo critican. Todos ellos se sienten capaces de mejorarlo, pero la juventud sigue admirando al maestro.

El presidente del Círculo, de cuyo nombre no quiero acordarme, se indispone con él por pretextos fútiles. Las autoridades no hacen nada, y sólo la juventud está esperanzada, y así, Sorolla funda una sociedad entre los jóvenes que —claro— se titula Juventud Artística.

El rector de la Universidad valenciana, doctor Pastor, nos cede el claustro de la Universidad para exposiciones. Alquilamos un pequeñísimo local cerca. Algunos maestros no nos abandonan —como don José Benlliure, Benedito, *Navarret*, Peiró, Usabal, etcétera. Se celebra la primera exposición con un gran éxito. El maestro propone que no haya jurado, que las medallas se concedan —en general— por votación de los mismos expositores, como, dice, se hacía en Grecia; cada expositor tiene derecho a dos votos. Uno puede dárselo a sí mismo si quiere, pero con el otro sale la verdad. Capuz gana la medalla de honor; Tuset y yo, las segundas, y así se conceden muchas. Algunas en metálico y otras honoríficas.

Durante la exposición nos reuníamos, haciendo tertulia, alrededor de la estatua de Luis Vives, a cuyas reuniones asistían Sorolla, Peiró, Navarro, don José Benlliure, etc. Los maestros dialogaban y los jóvenes ófamos. Se tomaban horchata y *rosquilletes*, que se pagaban colectivamente. Por allí —como es de suponer— no aparecía ninguno de los detractores que teníamos, a quienes llamábamos «el peligro amarillo». Este ambiente se extendió mucho: los del «peligro amarillo» llegaron hasta fuera de Valencia: Madrid, Sevilla, Cataluña y el norte de España.

Con los pocos fondos que se recaudaron, don Joaquín propuso, y aceptamos, comprar un atrio en piedra que había atravesado en el salón del Prado, de Madrid, restos de un local comercial titulado Platería; era de estilo neoclásico, con doce columnas, un arquitebo y una platabanda. En las esquinas había una especie de garitas con aspillera.

Se trajo todo a Valencia y quedaron cerca del palacio de Ripalda, en la Alameda. Esto, de momento, ya nos servía de pórtico para el palacio de Bellas Artes.

Pasaron los meses en silencio y Sorolla debió de ausentarse descorazonado; nosotros los jóvenes hicimos dos o tres exposiciones más y, sin apoyo, tuvimos

que suspenderlas. Estas exposiciones, que Sorolla quería, no dejaron de hacerse todas las primaveras.

Otra de las anécdotas que recuerdo de mi trato con el maestro es de cuando llegó a Valencia en el momento de mayor apogeo del Círculo de Bellas Artes. El presidente era Fillol. Se le acogió con grandes entusiasmos; en el teatro Olimpia, que acababa de inaugurarse, obra del insigne arquitecto Rodríguez —llamado *Palustre*—, que hizo la gran pista de la Exposición Regional Valenciana, se hizo un festival con un sainete de Hernández Casajuana y la comedia de Martí Orberá, *Thous* y el maestro Asensi *Les cançons del poble*, y se representan en su escenario *La chala*, *La verema*, *El corder* y *La canción de cuna*, que cantó Rosita Rodrigo. Y al final se representó un cuadro apoteósico, reproducción del llamado *Sacando la barca*, y aparecieron allí una barca auténtica, traída del Cabañal, y una pareja de toros vivos que la arrastraban. El espectáculo fue insuperable y la ovación indescriptible.

Desde una platea presenciaban el espectáculo la familia de Sorolla, las hijas en primer plano —bellas y llenas de juventud—, con un peinado en dos bandas —a lo Cleo de Merode—. Estaban preciosísimas. El público empezó a aplaudir. La ovación fue estentórea, y a esta ovación contestó Sorolla, desde el palco, verdaderamente emocionado. Fue un verdadero homenaje popular al gran pintor de fama universal.

Otro recuerdo de esta dichosa época, en relación con don Joaquín, es el siguiente: Se celebraba una Exposición Nacional, en Madrid, de Artes Decorativas; yo presenté una fuente titulada *De las confianzas*, en donde dos muchachas, junto a un pilón, confidencian. Es de tamaño natural y de estilo neoclásico. La vio Sorolla y la calificó de «como digna de primera medalla». El jurado, que preside Santauben, me concede la segunda. Sorolla se indigna, me llama, me felicita y me compra la obra. Voy a montarla en su casa-palacio. Me presenta a su familia. Elenita, que tiene aficiones de escultora, me hace de aprendiz y yo me enamoro de ella. El proceso de colcación de la estatua —mejor dicho, del grupo— es lento y necesita varios días. Cuando no está Elena, me ayuda un criado, de uniforme, que es muy lento. Yo me impaciento y me quejo a Sorolla, y éste me dice, con voz agria e indignado: «Le pedirás las cosas con educación, ¿verdad?» «Sí», digo. Y con voz atiplada dice: «Fulano: Trae el cubo inmediatamente.»

Con motivo de la amistad que me dispensa Sorolla, yo frecuento por las tardes su casa-estudio, en la cual tiene orden dada al portero de que pase directamente al estudio. A la hora del té recibe allí a las personalidades más destacadas que hay en Madrid. Yo me siento en la cama turca y oigo. El me presenta a estas personalidades como «un caso precoz». Uno es Beruete, director del Museo del Prado, que me felicita diciendo en francés: «Ese rechazo que has sufrido es un honor para ti.»

Para compensarme de él, don Joaquín me hizo

nombrar socio de honor del Círculo de Bellas Artes de Madrid.

Un rasgo de humanidad: cuando yo fui en busca de Sorolla a la playa de Levante, donde estaba pintando, me lo encontré —como es sabido— rodeado y oculto por un cañizo que utilizaba para que no le molestaran en su trabajo, y tuve que meterme en el agua para reunirme con él. Me recibió indignado, pues esto le molestaba, pero al manifestarle la urgencia de mi visita se calmó. Yo le pedía influencia para el coronel del regimiento en que mi hermano estaba cumpliendo el servicio militar, que era un doctor famosísimo, para que le concediera permiso para ingresar en un sanatorio, y así lo hizo inmediatamente.

Otras anécdotas: Sorolla frecuentaba el huerto de la Torreta, que estaba en la entrada del camino de la Volta del Rossinyol, en donde, por el mes de julio, vestían los artistas los coches para las batallas de floreš, y allí vivía Bartolo Mongrell, pues se había casado con Marieta, la florista. Allí pintaba Sorolla y muchos pintores más. A las dos de la tarde se retiraban Bartolo y Mulet con Sorolla; iban fumando unos puritos muy fuertes que a Sorolla le gustaban mucho, como los «toscanos» —aquí les llamaban «tagarninas» o «mataquintos»—, obsequio de Sorolla, Bartolo se puso a toser y dijo: «*Mestre: Jo no puc en açò*», e iba a tirarlo cuando Sorolla se lo cogió y se puso a fumarlo, sin escrúpulos de ninguna clase.

Otra vez, estando un grupo de artistas de la juventud y otras personalidades presentes, dijo un joven, que había llegado en aquel momento, que había visto un retrato pintado por Benedito estupendo, maravilloso...; tanto lo alabó, que Sorolla exclamó en tono interrogativo a la par que zumbón: «*¿També té un puntet blanc en la pupila?*» Con esto quería decir —interpreto yo— que hacía una crítica de ese recurso del pintor.

Otra vez, rodeado de los jóvenes en el Círculo, de pronto me dice: «*Anem-se a vore la mar.*» Cogió a mi hijo de la mano, que tendría cinco años de edad, y los tres nos dirigimos a la Glorieta para tomar el tranvía del Grao. El convoy tenía tres coches, y el de tercera era abierto completamente, sin cristales; le llamaban «la perrera». Llegamos al Grao, y en un quiosco compró caramelos para mi hijo, que agradeció mucho, pues cada caramelo tenía en la tapa un soldadito plano de plomo, y así podía formar un regimiento.

Llegamos a la playa, permanecemos un buen rato. Sorolla, extasiado, y yo admirándole, como me ocurría siempre, pues, aun cuando no pintaba, su modo de observar era único, admirable.

Otro recuerdo: Sorolla iba con unos cuantos pintores, entre ellos Peris Brell, por la orilla del río, por la calle que se llama de Vicente López, y Peris Brell le dijo: «*Ahí viu el mestre Agrasot.*» Hay que advertir que, desde los principios de Sorolla, hacía mucho tiempo que se veían, y Sorolla había censurado muchas veces al viejo maestro (cosas de la juventud), y

tuvo un arranque, algo así como de remordimiento, y dijo: «De Orihuela.»

Yo estaba modelando el busto de Agramot en su estudio y él posando. Suena el timbre. Abro yo la puerta. Aparece Sorolla con los pintores y exclama Agramot lleno de asombro: «Sorolla, ¿tú aquí?...» Y se abrazaban llorando. Agramot me presenta. Le gusta mucho el busto, me dice: «*No el toques que ja està bé.*» Y dice: «*Anem a fer-li un monument.*» Como así se hizo, iniciando él una suscripción que determinó la obra. Este fue el primer monumento; a continuación se hicieron otros a Pepinno Benlliure, a Muñoz Degrain, a Domingo, a Ferrandis, etc.

Una anécdota verídica, que me contó la esposa de Sorolla, con respecto a la exposición que hizo en Londres: Para esa exposición, dijo doña Clotilde, hicieron un gran esfuerzo para costearla; se gastaron allí «hasta la última peseta», y era una incógnita el resultado de la misma, porque habían tenido la audacia, en los anuncios de ella, de poner «que era el mejor pintor del mundo». Llegó el día de la inauguración y decía doña Clotilde que «no le tocaba la camisa al cuerpo», como se suele decir. Estaba el local lleno del mejor público londinense, hasta que se acercó una *lady* a preguntarle qué valía un cuadro que le había llamado la atención y quería comprar. «Yo —dice doña Clotilde— le indiqué el precio. Ella lo aceptó, y quitándose una sortija dijo que la aceptara como anticipo. Yo, como es natural, le dije que no hacía falta, negándose entonces ella a comprar la obra, lo que hizo que me apresurara a aceptarla. Se puso allí la tarjeta de "adquirido" y rápidamente en todos los cuadros fueron apareciendo sus respectivas tarjetas.»

Pasó el tiempo, y en pleno olvido, las piedras que se habían traído para que sirvieran de entrada al palacio de Bellas Artes que queríamos hacer en Valencia estaban arrumbadas cerca de los Viveros, y por la prensa se sabía que había un deseo en Valencia de hacerle un monumento a Sorolla. El insigne académico don Francisco Mora, como arquitecto del Ayuntamiento de Valencia, propuso montarlas en la playa donde pintaba el maestro. Las piedras se colocaron en forma de semicírculo y resultaba un monumento precioso de tipo clásico, y tenía en el centro un pedestal con el busto —reproducido en bronce— que había modelado don Mariano Benlliure. El efecto era admirable. Gustaba a todos, pues era el sitio adecuado para colocarlo, por ser donde él pintaba.

Cuando vino la riada de 1957 derribó las columnas y no se rehízo —cosa que lamentamos, pues era muy artístico—. Ahora se proyecta otro emplazamiento del mismo busto de Benlliure.

Conocida es la anécdota de que Sorolla, estando haciendo antesala para ver a su majestad don Alfonso XIII, en el palacio real, se impacientó tanto al esperar que se marchó diciendo: «No puedo esperar más, necesito el tiempo para pintar», y se marchó. Cuando se enteró el rey de lo que dijo dio la orden de que, si llegaba Sorolla, pasara sin hacer antesala.

La amistad del rey con Sorolla era familiar. Con frecuencia se presentaba en la casa de Sorolla, o avisando que preparara una paella..., y allí estaba doña Clotilde, su esposa, arreglándolo todo, y comían fraternalmente, en la intimidad. También asistía su majestad doña Victoria Eugenia.

Un día me llamó la atención un busto pequeño que había detrás de la puerta de la entrada, en el jardín, y me dijo: «Es Robespierre. Lo tengo como un *dimoni*, *per a donar-li un susto al rei quan vingui.*»

Con anterioridad, la reina madre estaba muy interesada en que Sorolla terminase el gran cuadro, de tres cincuenta por cinco cincuenta metros, que representa la jura por aquélla de la Constitución ante las Cortes, en 30 de diciembre de 1885, obra que estuvo encargada en un principio a Casado de Alisal, que había muerto sin empezarla, emprendida y realizada en su mayor parte por F. Jover, pintor alicantino, que también fallece sin darle término, y del que todavía quedaban por pintar el retrato de Sagasta, a la sazón jefe del Gobierno, y algunas «cabezas» más. El cuadro está firmado así: «F. Jover, febrero 1890, terminado por J. Sorolla, 1897.» Y permanece en el Museo de Arte Moderno de Madrid, aunque fue publicado en el catálogo de obras de arte del Senado.

Pero Sagasta no iba nunca a posar al estudio de Sorolla porque tenía mucho trabajo, y la reina Cristina convenció a Sorolla, de acuerdo con Sagasta, de que, mientras él conversaba con los ministros en su casa, a la hora del café, Sorolla podía mirarle, a través de una puerta entreabierta, desde un gabinete contiguo. Así Sagasta no interrumpía su marcha o actividad política e hizo el retrato Sorolla en un apunte, con todos los inconvenientes que supone pintar un retrato sin que el modelo esté quieto, para trasladarlo luego al cuadro grande. Esto molestó mucho a Sorolla y rápidamente lo terminó; al despedirse Sagasta y los señores que le acompañaban admiraron y felicitaron al maestro, pues estaba muy bien de parecido. Al darle la mano para despedirse, Sagasta dijo: «Hasta mañana.» Y contestó Sorolla: «Hasta mañana no, pues yo ya he terminado.» Pronto recibió la visita del secretario de Sagasta con el encargo de que su jefe quería adquirirlo, pero nunca consiguió dicho retrato o apunte previo para el gran cuadro de la jura.

Nosotros, los de la Juventud Artística, admirábamos a Sorolla como a un dios. El nos trataba como a igual, y con la confianza que nos daba le hacíamos preguntas. «¿Don Joaquín, qué escritor le parece más grande, Cervantes o Shakespeare?» Rápidamente contestaba: «Shakespeare.» En otra ocasión: «¿Qué le gusta más, el *Micalet* o la *Giralda*?» «La *Giralda*.» No le cegaban la valencianía ni la parcialidad.

Una observación: Los ojos de Sorolla eran maravillosos; para pintar los diafragmaba. Eran unos ojos tornasolados, brillantes, fortalecidos por tantas horas al sol, que no le perjudicó nunca, ni llegó a usar gafas jamás de ninguna clase.

Este extraordinario pintor consiguió otro extraor-

dinario admirador: Archer Huntington, el fundador de la Hispanic Society de Nueva York, que le hace uno de los fabulosos encargos que se conocen, y es que le pinte con cuadros al óleo, tamaño natural, toda España, sin limitarle ni tamaño ni tiempo ni dinero. Cuando sepa su extensión, construirá la sala a la medida de los cuadros. Sorolla, entusiasmado, se dedica a pintar... No está satisfecho. Interrumpe el trabajo y se dice: «Hay que ir a los pueblos, con su ambiente.» Y vuelve a empezar... Trabaja intensamente. Le acompañan algunos discípulos para auxiliarle..., pero que no pintan: Santiago Martínez, en Sevilla; Zaragoza y Tuset, en Valencia, y Bartolo Mongrell, también en Valencia. Algunas veces, estando en Madrid, y yo en su casa, requería de nosotros para que le sostuviéramos los papeles continuos dibujados al cartón, con figuras tamaño natural, y él componía los grupos trasladando figuras de un lado a otro, según él imaginaba que estaban mejor. Renunció a describir todos estos cuadros por ser cosa muy conocida, pero en el *panneau* de Valencia me voy a entretener para exponer algunos detalles que conozco.

En primer término elige como tema una vista del cauce del Turia que, con sus pretiles de piedra, sus cinco puentes y las torres de Serranos, forma el monumento más importante de Valencia. La anchura del cauce es la más ancha de los ríos de España y algunos de los extranjeros. Así lo requerían las grandes avenidas, como algunas que hemos conocido. El resto del año viene poca agua, porque la laboriosidad de los valencianos la consume para la huerta, que es la gran riqueza nuestra. Elige para el primer término el puente del Real, con sus bellos pináculos que hay a la entrada y los casilicios, de arquitectura única en el mundo.

Una cabalgata barroca irrumpe por el puente, con grupas, una riada de flores y flameando en el aire *les banderoles* del Corpus... Yo me pregunto: ¿Por qué elige el río para representar a Valencia? Rápidamente lo comprendo: los ríos son sagrados, dan lugar a las ciudades, se les representa en estatuas de mármol y bronce. Como el Nilo, el Támesis, el Sena, el Tíber y otros. Y ahora se le quiere profanar..., convertirlo en carretera. Y yo digo: «¿Carretera?... ¡Que urbanicen el lado izquierdo hasta el mar!...» Otros piden «zona verde». Y yo digo: «¡*Ahí està l'horta!*... ¡Que se la están comiendo!» Y preguntan: «¿Qué haremos con el antiguo cauce?» Y digo yo: «Ponerle agua y respetarlo, ¡que es sagrado!»

Para terminar: Sorolla sigue pintando para la Hispanic Society, porque este famoso encargo de pintar a España, que parecía imposible, lo resuelve magistralmente en un tiempo inverosímil, aunque le agota mucho.

A la vez retrata a personalidades españolas; y, ya se sabe, pintando a la señora de Pérez de Ayala le da el ataque de hemiplejía, y ésta lo recoge en sus brazos. Lo traen a Valencia con el ataque. Lo llevan a la Malvarrosa. En una galería abierta al mar lo ponen. Ese mar que tanto amaba... Tuset y yo vamos a verlo. Está allí, sentado al lado de doña Clotilde, con los ojos muy abiertos..., pero mirando sin ver. Tuset y yo, lamentando el espectáculo, decimos: «Qué crimen que este hombre no pueda ver...», y él repite: «¡Qué crimen!... ¡Qué crimeu!...»

Se lo llevan a Cercedilla y allí muere. ¿El pintor más grande del mundo? El único que ha pintado la luz verdaderamente...

FRANCISCO MARCO DIAZ-PINTADO



Gabriel Esteve: «El Alcalde de Albuixech»

(Museo de Bellas Artes de Valencia)

